

bellas proporciones los tres grandes arcos de su pórtico y otras tantas ventanas cuadradas abiertas entre las pilastras jónicas del segundo cuerpo; que la corona airosamente una balaustrada con frontispicio en el centro, y en fin que sobresale magestuosa como el dorso colosal de una ballena su ancha cúpula entre dos torres de menor efecto; pero, sin ofensa sea dicho de tantos admiradores, en la célebre rotonda de San Francisco *el Grande* no vemos de grande sino las dimensiones (1), dimensiones que achica su misma desnudez. La vista la abarca toda de un golpe, sin que las sombras hallen un ángulo donde guarecerse, y sin otro lejos que el de las capillas tambien circulares abiertas al rededor en los blanqueados muros; las impresiones se desparraman bajo su helada cúpula que carga sobre la gruesa cornisa de la misma circunferencia; y si no fuéramos cristianos antes que artistas, diríamos que mejor que el destino de templo compete á su estructura el que se ha intentado darle de *panteon nacional*.

Mas de dos siglos permaneció sin compañero en Madrid este convento, hasta que en 1464, para eternizar el recuerdo de unas brillantes justas y de la bizzarria y destreza de su favorito, edificó Enrique IV un monasterio de gerónimos ácia el puente *Verde* entre el Pardo y la villa. En el torneo, en las cuadrillas de cañas, en la montería, allí fué el héroe D. Beltran de la Cueva á presencia de la corte y de los enviados del duque de Bretaña, allí defendió un paso segun las leyes de la caballería (2), de donde el monasterio vino á denominarse de S. Gerónimo *del Paso*: ¡hazaña singular para ser objeto de un monumento, y singular monumento para semejante hazaña! La insalubridad del sitio obligó en breve á los gerónimos protegidos por Isabel la *católica* á bus-

(1) Tiene la rotonda 116 pies de diámetro y 153 de alto hasta el anillo de la linterna, y 259 desde la línea de la fachada hasta el fondo del presbiterio.

(2) Oigase cómo lo describe un cronista contemporáneo, el licenciado Enriquez, en su larga relacion de estas justas: «Estava puesta una tela bordada al rededor, de madera, con sus puertas donde havian de entrar los que venian del Pardo, en cuya guarda estavan ciertos salvages que no consentian entrar los cavalleros e gentiles hombres que llevavan damas de la reina, sin que prometiesen de hacer con él seis carreras, e si no quisiesen justar que dejasen el guante derecho. Estava junto cabe la tela un arco de madera bien entallado donde havia muchas letras de oro, e acavadas cada uno sus carreras, si havia quebrado lanzas, iya á el arco e tomava una letra en que comenzava el nombre de su dama. Havia ansimesmo tres cadahalsos altos, uno para que estuviese el rey e la reina con sus damas e el embajador, e otro para los grandes, e otro para los juezes de la justa.» Tenia el monasterio por blason una granada con el mote *agridulce*, como puede observarse aun en los arcos del claustro: ¿y esta divisa mas caballeresca que religiosa, sería acaso la que usó en las justas D. Beltran de la Cueva?

car otro mas cercano á la villa al opuesto lado oriental; y sobre el repecho que dominaba el silvestre Prado, alzabase ya concluida en 1505 la ancha y magestuosa nave que estuvo desde el principio en posesion de recoger los juramentos de los nuevos reyes: S. Gerónimo inauguraba los reinados, el Escorial los cerraba bajo la losa. Portada gótica con figuras de personas reales, sepulcros de mármol así góticos como del renacimiento, retablo mayor encargado á Flandes por Felipe II, magnífica sillería costada en 1627 por Volfango duque de Baviera en agradecimiento del hospedage recibido, alhajas, adornos, pinturas de las capillas, fueron víctimas y despojos de la fatal época de 1808; y como si á Madrid le sobraran monumentos, el espacioso templo, que tiene del gótico toda la gallardía si no la riqueza de ornato, permanece ocupado por la artillería, inaccesible al público y olvidado casi de los madrileños.

Al extremo del mismo Prado entre campos y olivares fundó en 1523 con harta pobreza el célebre convento de Atocha para la orden dominicana fray Juan Hurtado de Mendoza confesor de Carlos V (1). Ya de antes consagraba aquel sitio la devota Virgen que le da nombre y que antes servían algunos clérigos en su pequeña ermita aneja al abad de Sta. Leocadia en Toledo; y si hubiera de comunicársenos el candoroso entusiasmo de sus historiadores, nos la mostrara traída por S. Pedro desde Antioquía (2), dando la victoria al buen Gracian Ramirez contra la morisma vencedora en Guadalete, y restituyéndole las hijas por él degolladas en un arranque desesperado. Felipe II hizo labrar el claustro, Felipe III concluyó la capilla de la santa imagen, reinas y prince-

(1) Dos años despues de la fundacion murió este venerable religioso que yace en una capilla del claustro; su abnegacion fué tanta que se echó de rodillas á los pies de su real penitente para que no le confriera el arzobispado de Toledo. Entre otros esclarecidos religiosos está allí sepultado el célebre bienhechor de los Indios fray Bartolomé de las Casas obispo de Chiapa, que tanto abogó por ellos contra la dureza y codicia de los conquistadores.

(2) Muchos quieren leer esta procedencia en la etimología de la voz *Atocha* como contraccion de Antioquía, otros la derivan de la palabra griega *Teótcha* ó madre de Dios, algunos sencillamente de la planta *atocha* clase de esparto que tal vez se criaba en aquellos alrededores. La historia de Gracian ó García Ramirez estaba pintada en la capilla, sin que sea esto una prueba de su autenticidad; de otra no menos interesante hacia fé una tabla. Sucedió durante las cortes de Burgos de 1374, que asesinado en una reyerta el infante D. Sancho hermano del rey, era con otros llevado al suplicio como reo Diego Hernandez de Gudiel procurador por Madrid, y saliéndole al encuentro mosen Romano judío madrileño le alcanzó gracia, la que él no admitió hasta que se hiciese estensiva á todos sus compañeros; y entonces con la soga al cuello fué á dar gracias á la santa imagen. No menos propicia fué la mediacion de esta para con el mismo rey Enrique II á favor de Hernan Sanchez de Vargas que defendió contra él el alcázar de Madrid.

sas acumularon á los pies de ella sus dones y pedrerías; y la piedad y el reconocimiento del pueblo compitiendo con la regia liberalidad tapizó los muros de modestas presentallas, agradecida espresion de toda clase de beneficios; mientras que la cristiana bravura de nuestros guerreros suspendia al rededor en marciales grupos las banderas y estandartes tomados al enemigo ó que les guiaron á la victoria. Esto último es lo único que á Atocha queda: su iglesia, ni grande ni hermosa, fué reedificada casi por completo despues de la invasion francesa y adornada con buenos altares; su convento es asilo de los militares inválidos, y su atrio cercado de soportales ofrece descanso á los que dentro de las mismas tapias de Madrid buscan el verdor y la soledad de los campos.

Hasta mediados del siglo XVI no principiò la competencia entre las varias órdenes religiosas sobre cuál fundaria en la nueva corte mas vasto y suntuoso convento. Bajo la proteccion de Felipe II todavia principe y á pesar de los obstáculos opuestos por la villa y por el arzobispo de Toledo, alzaron en 1546 los agustinos el de S. Felipe *el real* en la *Puerta del Sol*, y su templo obtuvo la fama de *primado de los edificios santos*, aunque su reparacion de resultas de un incendio á principios del siglo XVIII cubrió el interior de talla churrigueresca: el claustro trazado por Andrés de Nantes y corregido por Francisco de Mora, en sus dos órdenes de galería ambos dóricos mostraba la gravedad harto maciza de los monumentos de Felipe III; y las célebres *gradas* de S. Felipe eran patrimonio de los ociosos y noveleros, como lo son ahora las aceras circunvecinas. A pocos pasos en la misma plaza fundaron los mínimos en 1561 el convento que tomó el apellido de su fundador fray Juan de Victoria; y su joya mas estimable era la imagen de Nuestra Señora de la Soledad regalo de la reina Isabel de Valois y obra del admirable Gaspar Becerra sepultado en una de sus capillas. Vinieron al año siguiente los trinitarios, y Felipe II deseoso de labrarles una morada con *perfeccion* y *grandeza*, no se desdenó de reconocer por sí mismo el sitio en la calle de *Atocha* y de dar la traza escrita de su mano; llenó sus miras Gaspar Ordoñez, y la obra si no sorprendente fué digna por lo menos de su patrono. A espaldas de la Trinidad echaron los mercenarios en 1564 los cimientos de su iglesia, que no alcanzó sino mas tarde toda su amplitud, y que renovada ácia 1750 era menos recomendable por su arquitectura que por las pinturas de sus re-

tablos (1). En 1575 convirti6se el lupanar de Madrid en iglesia de carmelitas calzados con el apoyo que les dispensaron el rey y la villa abriendo calles y mejorando el sitio: once años despues los carmelitas descalzos lograron igual proteccion para su convento de S. Hermenegildo en la calle de *Alcalá*, y fueron tomando creces á la sombra del infortunado D. Rodrigo Calderon que fundó la capilla de Sta. Teresa, no imaginando que hubiese un dia de guardar en dep6sito su degollado cadáver. Por el mismo tiempo los dominicos se fabricaban una residencia mas céntrica y anchurosa que la de Atocha erigiendo en priorato el colegio de Sto. Tomás por mediacion de fray Diego de Chaves confesor del soberano. Seguian el impulso de este los cortesanos, y su fiel ministro Francisco de Garnica fundó en 1572 para franciscanos descalzos en las afueras de Madrid el convento de S. Bernardino en cuyo presbiterio fué enterrado con su esposa; D.<sup>a</sup> Maria de Aragon (2) dama de la reina en 1581 dió nombre y existencia á un colegio de agustinos junto al Palacio; la princesa de Ascoli erigia en 1592 entre los árboles del Prado el convento de Recoletos para los descalzos de la misma orden; y el contador Alfonso de Peralta en 1596 construía sin ostentacion el de S. Bernardo, labrándose un sepulcro de jaspe en su iglesia.

Hemos trazado rápidamente la historia de estos edificios: ¿preguntais por su actual destino? En pocos años nuevas manzanas de casas por cierto menos pintorescas han sustituido en la *Puerta del Sol* á S. Felipe *el Real* y á la *Victoria*; la *Merced* es una plazuela consagrada á la estéril deidad del *Progreso*; la *Trinidad* amoldando sus formas á nuevos usos no ha esquivado la ruina sino á trueque de hospedar en su iglesia teatros é institutos, y en su espacioso claustro el botin artistico de los demás conventos; S. Bernardino es hospicio, el colegio de D.<sup>a</sup> Maria de Aragon refundido para palacio del Senado, el de Recoletos y el de S. Bernardo sin mas vestigios de su existencia que el nombre que han dejado al paseo y á la calle. Solo tres de las indicadas igle-

(1) En el crucero de esta iglesia tenian un suntuoso sepulcro de mármol con estátuas de rodillas el nieto del grande Hernan Cortés que llevaba su nombre y el título de marqués del Valle, y su muger D.<sup>a</sup> Mencía de la Cerda patronos del convento.

(2) Era hija de D. Alvaro de Córdoba y de D.<sup>a</sup> Maria de Aragon, soltera toda su vida, y dijo á sus parientes: «dejaré un mayorazgo donde no tenga fin la memoria de mi nombre.» Y en efecto va todavía constantemente vinculado al edificio. Felipe II cedió el terreno comprándolo á los monjes de S. Martin.

sias impusieron respeto al hacha destructora, la de carmelitas descalzos destinada á parroquia, y las del Carmen calzado y de Sto. Tomás, aquella por su regularidad y por el realce que da á la calle su prolongado frontis, esta por su magnitud superior á su gusto ciertamente. Concluida en 1656 admitió la anchurosa nave de Sto. Tomás impertinentes hojarascas y retablos aun peores, y nada ganó en la reparacion despues que en 1726 se desplomó su cúpula sepultando á muchos bajo sus ruinas; y sin embargo tal cual es su churrigueresca fachada, adorna mejor la calle de *Atocha* que un lienzo de flamantes casas ó los raquíuticos árboles de una plazuela.

Pero sobre todas descuella la soberbia fundacion de los jesuitas, á la cual la proteccion de la emperatriz Maria de Austria hizo dar el nombre de *Colegio Imperial*, tomando el de S. Isidro desde que fué trasladado á ella su cuerpo santo por disposicion de Carlos III. Heredera la Compañía de los bienes de aquella princesa virtuosa, pensó en sustituir á la pequeña iglesia que ya poseía desde 1567 (1) otra que fuese lustre de la capital y digno recuerdo de su bienhechora; Terminóse en 1651 el edificio, mas grandioso que otro alguno, y tan gallardo como de la época podia esperarse, bajo la direccion del coadjutor Francisco Bautista, á cuyos diseños no faltaba al parecer novedad ni atrevimiento. Cuatro colosales columnas con dos pilastras á los extremos resaltan de la magestuosa fachada hasta la cornisa superior; dos gruesas torres no concluidas la flanquean; y tres puertas abiertas en los intercolumnios, introducen al vestibulo del templo. Es la nave de buenas proporciones aunque afeada con sobrepuestas entalladuras de madera, hermosa y pintada la cúpula, despejado el crucero y adornado de arriba abajo con nichos y estátuas entre sus pilastras; oscuras las capillas, y tan afortunadas en pinturas como infelices en la talla de los retablos; sus arcos de entrada nada esbeltos alternan con cuadrados dinteles y aparecen como comprimidos por las tribunas abiertas en el muro á guisa de balcones. En la capilla mayor reformada por D. Ventura Ro-

(1) Ya en 1545 habian solicitado su fundacion Pedro Fabro y Antonio de Araus compañeros de S. Ignacio; pero el edificio no principiò hasta 1560 bajo la advocacion de S. Pedro y S. Pablo, en el mismo lugar que ocupa, con la entrada vuelta á la calle del *Burro*. Hubo grandes contradicciones que se vencieron *con callar*, como dice enérgicamente un contemporáneo: favorecieron la fábrica Felipe II, la princesa D.<sup>a</sup> Juana y varios caballeros. Entre los ilustres religiosos sinnúmero que allí yacen se distinguen el autor de la *ciencia media* Luis de Molina y el clásico Pedro de Ribadeneira cuyo epitafio escribió Mariana.

driguez, yace entero dentro de preciosa urna el cuerpo del santo patrono al lado del de su esposa Sta. Maria de la Cabeza compañera de sus merecimientos y de su gloria; y la imagen del primero asentada sobre nubes ocupa el centro del retablo. El templo y el colegio consagrado desde su institucion á la enseñanza revelan en todas sus partes la esplendidez modesta y fecunda y el espíritu, grande y regulador á la vez, de una orden, cuyo apogeo de grandeza coincidió por desgracia con tiempos infelices para la arquitectura. En su Noviciado, que ácia 1605 fundó en la calle *Ancha de S. Bernardo* la marquesa de Camarasa D.<sup>a</sup> Ana Felix de Guzman, se ha instalado la Universidad derribando las dos torres de su fachada, refundiendo el edificio y apropiándose para capilla su espaciosa iglesia; pero menos feliz ha sido aun su Casa Profesa erigida en 1617 por el cardenal duque de Lerma, y cedida por Carlos III á los sacerdotes de S. Felipe Neri. Vino al suelo en nuestros dias la iglesia con su cúpula ponderada cual maravilla; y levantóse en su lugar una de esas galerías ó mercados cubiertos importados del extranjero, que el capricho del público ó tal vez un religioso instinto ha desairado.

Si no tan espléndido por lo general como el reinado de Felipe II, no fué menos pródigo el del III en fundaciones religiosas. En un mismo año, el de 1606, obtenian los franciscanos para convento la parroquia de S. Gil, los mercenarios la ermita de Sta. Bárbara en la cúspide septentrional de Madrid, y los trinitarios un solar junto al Prado donde construyeron el de Jesus; los tres eran de descalzos, los tres han perdido su forma y su destino. En la calle del *Desengaño* establecidos los basilios ácia 1608 levantaron la grandiosa cúpula de su iglesia hoy trasformada en *Bolsa*; en 1611 compraba el soberano para los premostratenses el solar que ha vuelto á ser una yerma plaza, desde que los franceses arrasaron el monasterio y su linda fachada obra de Rodriguez; y entre tanto el favorito duque de Lerma promovía la sencilla fábrica de los capuchinos *del Prado* á la sombra de la casa de Medinaceli. Bajo Felipe IV adquirieron los dominicos dos nuevos conventos, el Rosario y la Pasion; este ha desaparecido de la plazuela de la *Cebada*, aquel conserva su iglesia abierta al culto. En la calle de las *Infantas* otro convento de capuchinos *de la Paciencia* era un monumento espiatorio de los ultrajes y abominables ritos de ciertos judaizantes con un crucifijo, que en 1659 fue levantado sobre las casas de los

mismos reos; pero en su lugar han brotado ya frondosos árboles formando la plazuela de *Bilbao*. La *Galera*, que en lo alto de la puerta de *Fuencarral* llama la atención con la barroca fachada y torre de su desnuda iglesia, ocupa el convento que construyeron algunos monges emigrados de Monserrate durante la insurrección catalana de 1640. Vino la época de los clérigos regulares; y los titulados *menores* fundaron sus dos casas del Espíritu Santo y de Portaceli, convertida esta tras de muchas vicisitudes en parroquial de S. Martín, aquella incendiada en 1825 y reemplazada por el futuro palacio del Congreso: los *agonizantes* de S. Gamilo de Lelis obtuvieron también dos en las calles de *Fuencarral* y de *Atocha*, y otras dos en tiempos más recientes los esculapios á los extremos norte y sur, tituladas de S. Antonio abad y de S. Fernando. Estas iglesias nacieron todas modestas y sin pretensiones, esceptuando la espaciosa de S. Cayetano en cuya hiperbólica fachada tanto trabajo y caudal malgastaron ácia 1720 los discípulos de Churriguera.

Paralelo impulso y análogas vicisitudes experimentaron en la corte los religiosos asilos del piadoso sexo. Todavía era Madrid oscura villa, y en las afueras de la puerta de *Balnadú* reunía en 1219 el gran Domingo de Guzman una comunidad de virtuosas mugeres, infundiéndoles su espíritu y llevándolas consigo en la memoria para inculcarles desde lejos sus santos documentos (1). Pronto se hizo proverbial la observancia y el *encierro* de las *dueñas* de Sto. Domingo de Madrid, y era su claustro un semillero de nuevas fundaciones en Castilla; Fernando el *santo* en 1228 las tomó bajo su real amparo y les cedió la huerta de *la Reina*; el pontífice en 1257 las autorizó para heredar y recibir limosnas; las damas al vestir el hábito traían en dote lugares enteros, y hasta ciudades alguna princesa (2). En el coro, que Feli-

(1) Varios historiadores de la orden traen la carta que dirigió Sto. Domingo á esta naciente comunidad, recomendándola al celo de su propio hermano fray Mamerto ó Manés, de quien dicen que está enterrado en dicho convento junto con un sobrino, ó con dos sobrinas segun otros. El convento dos años antes habia sido fundado para religiosos bajo la advocacion de Sto. Domingo de Silos, que se trasformó insensiblemente en la de Guzman despues de su canonizacion.

(2) En 1242 D.<sup>a</sup> Flor hija de Martín Juan trajo en dote al convento el lugar de Rejas; D.<sup>a</sup> Berenguela hija de Alfonso X, á quien impidió entrar en el claustro la oposicion de su padre, á su muerte le hizo donacion de la ciudad de Guadalajara. De esta infanta refiere algun cronista de la orden, con harta inverosimilitud por cierto, que enfurecida contra la priora por haber manifestado al rey varias cartas confidenciales en orden á su entrada en religion, partió de Guadalajara con ánimo de reducir á cenizas el convento, y que en el camino se lanzó sobre ella un águila sacándole un ojo, de que murió arrepentida.

pe II hizo labrar de nuevo por su arquitecto Herrera en agradecimiento del hospedage que desde 1567 á 1573 habia dado al cadáver de su desgraciado D. Carlos, yacen vástagos de real estirpe, Berenguela hija de Alfonso el *sabio*, Constanza hija de Fernando el *emplazado*, y bajo de un sencillo enterramiento gótico otra Constanza nieta del rey D. Pedro que en el siglo XV manejaba el báculo con mejor fortuna que el otro empuñando el cetro. En la capilla mayor, que edificó con el auxilio de Enrique IV, no temió la varonil priora colocar bajo suntuosos túmulos de mármol las cenizas de su destronado abuelo y de su triste padre el infante D. Juan, cuya vida fué un prolongado cautiverio sin mas delito que su cuna (1); sentidas inscripciones lamentaban su infortunio; y la dinastía de Enrique de Trastamara, lejos de ofenderse de estos piadosos homenajes, á principios del siglo XVI nombraba todavía de entre los hidalgos un *guarda mayor* del sepulcro de D. Pedro. En hora menguada Felipe III ofreció treinta mil ducados para la restauracion del templo borrando su antiguo carácter y sus memorias; la tumba del temido y aventurero monarca fué arrumbada del

(1) Fué este D. Juan hijo natural de D. Pedro habido en D.<sup>a</sup> Juana de Castro; entregado por el duque de Lancaster á Juan I y preso en Soria en poder de D. Beltran de Arill caballero aragonés, casó con D.<sup>a</sup> Elvira hija de su alcaide, sin que con esto ni con los ruegos de su esposa lograrse la ansiada libertad. De este enlace nació la priora D.<sup>a</sup> Constanza, quien al trasladar á Sto. Domingo los restos de su padre, hizo esculpir en la efígie de este los grillos que constantemente le habian encadenado y la siguiente inscripcion: «Aquí yaze el muy excelente señor D. Juan fijo del muy alto rey D. Pedro, cuyas ánimas nuestro Señor haya, e de tres fijos suyos. Su vida e fin fué en prisiones en la ciudad de Soria. Fué mandado enterrar por el rey D. Enrique en S. Pedro en la mesma ciudad de Soria. Trasladó los huesos viernes á XXIV de diciembre de MCCCCLX e dos años.»— «Los que me mirais conosed el poder grande de Dios: él me fizo nacer de muy alto rey; mi vida e fin fué en prisiones sin lo merecer. Toda la gloria deste mundo es *nihil*; bienaventuranza cumplida es amar y temer á Dios.» D.<sup>a</sup> Constanza murió en 1478 segun espresa el epitafio de su lápida.

En cuanto al cadáver del rey D. Pedro, ácia 1444 fué trasladado á Madrid desde la Puebla de Alcocer, donde yacía en el olvido, una vez frustrada la voluntad de su bastardo hermano de que se erigiese un monasterio y un honroso sepulcro á la víctima en el lugar del fratricidio. En su testamento otorgado en Burgos á 29 de mayo de 1374 decia Enrique II: «E otrosí conociendo á nuestro Señor Dios el bien e la merced que nos fizo en nos dar victoria contra D. Pedro que se dezia rey, e nuestro enemigo, que fué vencido e muerto en la batalla de Montiel por los sus pecados e merecimientos, e está su cuerpo en la dicha villa de Montiel, como quier que lo non devíamos fazer segun sus merecimientos, pero conociendo á Dios la dicha gracia e merced que nos fizo, tenemos por bien e mandamos que sea fecho y establecido un monasterio en que haya doze frayles cerca de la villa de Montiel, que sea dotado de lugares e bienes rayces con que se puedan mantener los dichos frayles, e que sea enterrado dentro el monasterio el cuerpo del dicho D. Pedro ante el altar mayor, e que los frayles sean tenidos de rogar á Dios por su ánima que lo quiera perdonar.» Circunstancias ignoradas pero fáciles de adivinar impidieron la realizacion de este voto hijo de una tardía caridad ó de un inquieto remordimiento, monumento que hubiera sido á la vez precioso para el arte y para la historia.

presbiterio; su estatua ha ido rodando por los sótanos (1); y nadie reconoceria al celebrado Sto. Domingo el *real* en aquel vulgar edificio asentado en la costanera plaza de su nombre, y cuyo único adorno forma el sencillo pórtico del renacimiento construido en 1539 por otro de los descendientes de Pedro el *cruel*, D. Alonso de Castilla obispo de Calahorra.

Al declinar el siglo XV ilustres damas, dignas contemporáneas de Isabel la *católica*, empezaron á señalar su piedad con la ereccion de nuevos claustros. D.<sup>a</sup> Catalina Nuñez viuda del contador mayor de Juan II, Alonso Alvarez de Toledo (2), fundó en 1460 junto al alcázar el convento de Sta. Clara del cual solo queda el nombre de la calle; D.<sup>a</sup> Catalina Manuel de Lando y su esposo el comendador Pedro Zapata establecieron en 1469 otro de franciscas en el lugar de Rejas, y cinco años despues fabricó otro en Vallecas D.<sup>a</sup> Mayor hija de Pedro Diez de Ribadeneira fiel servidor de los reyes católicos. Traslados ambos á la corte por los años de 1550, retuvo este en la calle de *Alcalá* el nombre de su primitivo asiento, y aquel situado junto á la *Almudena* debió el de *Constantinopla* á una Virgen traída de dicho punto, hasta que uno y otro han dejado de existir últimamente. En 1510 Catalina Tellez camarera de la reina Isabel construía el de Sta. Catalina de Sena, que el duque de Lerma un siglo despues trasladó de su primer sitio á la bajada del Prado de donde los franceses lo hicieron desaparecer. Pero entre las fundaciones de aquella época se conservan invioladas la Concepcion *Gerónima* y la Concepcion *Francisca*, nacidas como gemelas del celo y desprendimiento de aquella admirable muger D.<sup>a</sup> Beatriz Galindo amiga y maestra de la grande Isabel y conocida por su saber con el dictado de la *Latina*. Viuda del denodado Francisco Ramirez fenecido gloriosamente en la sierra de Granada, unió al hospital que su esposo habia empezado á la estremidad meridional de

(1) Segun el diseño que vimos, dicha estatua de mármol blanco se representa de rodillas, por cuya circunstancia y por la índole de su trabajo conjeturamos que es obra de tiempos posteriores á los de D.<sup>a</sup> Constanza. Los huesos de D. Pedro y de su hijo D. Juan yacen actualmente en la sala del Capítulo; una moderna inscripcion en letras negras es todo el monumento consagrado á la ruidosa memoria de este infeliz soberano.

(2) Era este poderosísimo, pues al morir en 1457 dividió entre amigos, parientes y criados 380 casas que poseía en las ciudades y lugares principales de Castilla. Hijo ó deudo suyo fué Pedro Nuñez de Toledo que defendió á Madrid contra los partidarios de la Beltraneja, y yacía en el coro de Sta. Clara. La fundadora Catalina Nuñez murió en 1472 antes de ver reinar á la princesa Isabel que la estimaba como á madre y pasó quince dias en su casa.

la villa un convento para gerónimas, que luego ocuparon en 1512 ciertas beatas franciscas (1), trasladando las primeras á las casas de su mayorazgo sitas en el recodo que forma aun aquella bajada. Entre uno y otro convento, entre los piadosos recuerdos de su noble marido y de su real amiga, repartió Beatriz la última mitad de su tranquila y benéfica existencia; honrada por el rey católico, visitada por Carlos V, vivió como terciaria en una celdilla del mismo hospital, y su cadáver en 1534 pasó á descansar en el coro de las gerónimas al lado del de Ramirez (2).

Todavía cobija la capilla mayor de ambas iglesias crucería gótica á modo de estrella; todavía guardan una y otra dentro de nichos á los lados del presbiterio bellas urnas sepulcrales con estatuas yacentes de sus fundadores. Pero unido á la Concepcion *Francisca* se levanta en mitad de la calle de *Toledo* un paredon, el único que logra en Madrid

(1) Hábíalas fundado en 1448 en S. Pedro *el viejo* junto á *Puerta Cerrada* María Mejía muger del alcaide Francisco de Avila.

(2) En los sepulcros del presbiterio de la Concepcion Gerónima, que no son mas que cenotafios, se leen las siguientes inscripciones: «Este monasterio y el de Nuestra Señora de la Concepcion de la orden de S. Francisco desta villa, y hospital que está junto á él, fundaron y dotaron los señores Francisco Ramirez y Beatriz Galindo su muger; al cual Francisco Ramirez, despues de aver servido á Nuestro Señor y á los reyes católicos de gloriosa memoria D. Fernando y Doña Isabel siendo capitan general de la artillería en la guerra de Granada, le mataron los moros quando se rebelaron en la sierra Bermeja. Año mil quinientos uno.»—«Aquí yace Beatriz Galindo, la cual despues de la muerte de la reyna católica D.<sup>a</sup> Isabel de gloriosa memoria, cuya camarera fué, se retruxo en este monasterio y en el de la Concepcion Francisca desta villa, y vivió haciendo buenas obras hasta el año MDXXXIV que falleció.»

Francisco Ramirez de Orena era madrileño y uno de los adalides mas distinguidos en las campañas de Granada. En 1487 tomó con inaudito valor las torres del puente de Málaga, en 1490 recobró de los moros el castillo de Salobreña; y todas sus hazañas las referia á la proteccion de San Onofre á quien edificó un templo en Málaga y una capilla en S. Francisco de Madrid. De su primera esposa Isabel de Oviedo tuvo varios hijos, y habiendo enviudado en 1484, los mismos reyes trazaron su casamiento con Beatriz Galindo, dando á esta en dote 500,000 maravedises: de este matrimonio nacieron D. Fernando y D. Nuño ú Onofre. D.<sup>a</sup> Beatriz era oriunda de Zamora y natural de Salamanca; su talento y adelantos en las bellas letras le adquirieron por discípula á una reina, su prudencia y sus virtudes se la grangearon por íntima amiga. Nada pinta mejor su modestia y piedad que la siguiente cláusula de su testamento otorgado en el mismo dia de su muerte á 23 de noviembre de 1534: «Y declaro que todo lo que he gastado en los edificios y dotaciones de los dichos monasterios y hospital ha seydo de algunas mercedes que la reyna D.<sup>a</sup> Isabel nuestra señora (q. h. s. g.) me fizo así para los dichos edificios y dotaciones, como para el gasto de mi persona y casa; del qual gasto yo me retraje todo lo que pude viviendo pobre y estrechamente despues que el secretario mi señor murió; y todo lo que avia de gastar segun lo que tenia y la honra en que estava, lo quise gastar en estas obras pias y en otras, mas que en vivir honradamente como lo pudiera hazer... Así que mis nietos y otras personas no tienen razon de quejarse de mí por aver fecho las dichas obras; antes me lo deven mucho agradecer, porque confio en N. Sr. que por lo que será servido en los dichos monasterios y hospital, les hará mucha merced en esta vida y en la otra.»

detener al anticuario : menudos follages y una linea de bolitas guarnecen la entrada de arco apuntado y de casi imperceptible herradura; una moldura rectangular á guisa de marco de retablo , orlada con el cordon franciscano , resalta del frontis , y encierra un grupo de la Visitacion colocado en el centro bajo doselete, dos figuras de santos y dos escudos de armas : aquel es el hospital de la *Latina* (1) fundado para sacerdotes y *gente honrada* , y construcion del maestro Hazán uno de tantos moros que entonces trabajaban en provecho de sus vencedores. Adentro posee por únicas memorias un reducido patio de sencillos y ochavados pilares , y una preciosa escalera cuyo pasamanos de piedra bordan gruesos y hermosos calados con estribos de crestería , y que armonizándose con una pintura antiquísima del Calvario colgada de la pared fronteriza , parece guardar recientes las huellas de su ilustre bienhechora.

Promediando ya el siglo XVI , una hija de Carlos V , dejando en Portugal las cenizas de su esposo y un tierno niño que reinó con el nombre de Sebastian , volvió á la paterna corte , y en la misma casa donde habia nacido fundó un convento de franciscas descalzas para ocupacion y consuelo de su viudez. Tres años habia que D.<sup>a</sup> Juana precozmente fallecida descansaba bajo la losa (2) , cuando su hermana María viuda tambien del emperador Maximiliano II vino en 1576 desde Alemania á llamar á las puertas de aquel retiro , y poco despues su hija Margarita entró con otras damas á acompañar su soledad trocando las regias galas por el tosco sayal de religiosa. Tan generosos ejemplos

(1) Sobre la puerta dice un letrero en caractéres latinos : «Este hospital es de la Concepcion de la Madre de Dios, que fundaron Francisco Ramirez y Beatriz Galindo su muger, año de 1507.» Que fuese su arquitecto el moro Hazán , se comprueba por el testamento que otorgó Ramirez en 1499 antes de salir á campaña. «Otrosí, dice, por quanto yo tengo comenzado á facer e edificar una casa para hospital en el arrabal desta villa de Madrid como ván desde mis casas á S. Francisco á la mano derecha cerca de S. Millan, el cual, dándome Dios nuestro Señor salud para ello, yo entiendo de acabar... quiero e mando que el dicho hospital se labre de las piezas de salas, enfermerías, capilla e otros edificios, segun la muestra que de él tiene maestre Hazán moro que tiene cargo de lo facer.»

(2) Enterróse D.<sup>a</sup> Juana en una capillita á la izquierda del altar mayor ; su estatua de mármol arrodillada se atribuye á Pompeyo Leoni, y en el pedestal se puso este letrero : «Aquí yace la serenísima Sra. D.<sup>a</sup> Juana de Austria infanta de España, princesa de Portugal, gobernadora de estos reinos, hija del Sr. emperador Carlos V, muger del príncipe D. Juan de Portugal, madre del rey D. Sebastian. Murió de 37 años, día 7 de setiembre de 1573.» A la emperatriz María su hermana hizo Felipe III sepultar en el coro en túmulo de jaspes, aunque ella quiso yacer en el claustro bajo una piedra lisa sin águilas ni coronas : fué muger magnánima y virtuosa , y murió de 74 años en 1603. A mas de su hija Sor Margarita de la Cruz esclarecida por sus virtudes, profesaron en aquel convento algunas otras infantas.

atrajeron sobre las Descalzas Reales la reverencia y amor de los soberanos, privilegios y honores para su comunidad, riquezas y esplendor para su culto. Su sencilla fachada ostenta en la plazuela de su nombre tal regularidad y buen gusto, que su invencion se atribuye á Juan Bautista de Toledo; y en el fondo de su reducida aunque proporcionada nave renovada en 1756, brilla el altar mayor de Gaspar Becerra tan apreciable por sus tres cuerpos arquitectónicos como por sus numerosas esculturas. Bajo Felipe II menudearon las fundaciones: su virtuosa aya D.<sup>a</sup> Leonor Mascareñas edificó en 1564 el convento de *los Angeles* para franciscas; Baltasar Gómez, mercader de gran caudal y de mayor caridad, labró iglesia y convento á las agustinas de la Magdalena despues de varias traslaciones; S. Juan de la Cruz instituyó en 1586 el de carmelitas descalzas de Sta. Ana, que los franceses convirtieron en plazuela; y las bernardas venidas en 1589 desde Pinto á Madrid se establecieron en la *Carrera de S. Gerónimo*. De estos conventos ninguno subsiste, sino el de Sta. Isabel de agustinas descalzas, cuya capaz iglesia adornan notables pinturas de Ribera, y cuya ereccion en 1592, aneja á un colegio para niñas nobles, protegió Felipe II dotándolo con seis mil ducados de las casas confiscadas á Antonio Perez y con hacienda del cardenal Quiroga arzobispo de Toledo.

Un ilustre y anciano sacerdote de Módena, Jacobo de Grattis conocido por *el caballero de Gracia*, dió ser y nombre en 1603 al convento de franciscas de Jesus Maria trocado actualmente en mercado cubierto: los otros que se alzaron en tiempo de Felipe III han sido mas afortunados en su conservacion. Las gerónimas habitan aun el humilde de Corpus Cristi, vulgarmente de la *Carbonera*, fundado en 1607 por D.<sup>a</sup> Beatriz de Mendoza condesa del Castellar; las mercenarias descalzas el que les fabricó en 1609 el presbítero D. Juan de Alarcon á nombre de su penitente D.<sup>a</sup> María de Miranda; las trinitarias descalzas el de S. Ildefonso transferido de la calle del *Humilladero* á la de *Cantarranas* (1) y erigido por una hija del valiente capitán Julian Romero; conservan asimismo su pobre casa las capuchinas que tuvieron principio en 1618; y las bernardas del Sacramento el edificio que en 1615 les construyó el duque de Uceda al lado de su magnífico pala-

(1) Verificóse esta traslacion en 1633, y ella hizo perder á la España los restos de Cervantes revueltos y confundidos con los demas cadáveres en su general exhumacion. En aquel convento habia profesado D.<sup>a</sup> Isabel su hija natural y otra hija natural de Lope de Vega.

cio , y la espaciosa iglesia lindamente renovada en 1744 y pintada al fresco por D. Luis Velazquez. Entre estas obras de particulares descollo por aquellos años la obra regia de la Encarnacion principiada en 1611 por Margarita de Austria en accion de gracias de haberse llevado á feliz término la espulsion de los moriscos ; desde las ventanas de su palacio contempló la reina cómo se levantaba su fundacion predilecta que por medio de un corredor secreto debia comunicar con sus habitaciones; pero marchó al Escorial con el presentimiento de no volver á verla , y cerró los ojos antes del solemne dia de 1616 en que el rey y su corte instalaron á las agustinas descalzas en el concluido edificio. Sus dimensiones salieron menos grandiosas de lo que se habia proyectado ; pero la reina Margarita , *no importa* , dijo , *yo la enriqueceré de modo que no haga falta la traza* ; y Felipe III nada omitió para cumplir la voluntad de su esposa. La iglesia de la Encarnacion sobreviviendo al convento recién derribado , en un ángulo de la vasta plaza de *Oriente* , á la sencilla gravedad de su atrio y fachada y á la regularidad de su construccion primera añade el lindo ornato de orden jónico y los estucos y casetones con que vistió su nave D. Ventura Rodriguez, los frescos de sus bóvedas y de su cúpula pintados por Bayen y los Velazquez , retablos magnificos de variados mármoles , y ricos cuadros y esculturas que la hacen digna de su nuevo título de *patriarcal*.

No paró la multiplicacion de conventos con el cambio de costumbres obrado por Felipe IV; y la tradicion enlaza cierta amorosa aventura de este monarca con el lúgubre tañido del reloj de S. Plácido (1), donde en 1625 estableció D.ª Teresa Valle de la Cerda religiosas benedictinas , despues de haber servido de anejo por algunos años á la parroquial de S. Martin. Su iglesia dirigida por fray Lorenzo de S. Nicolás autor de un libro de arquitectura , encierra cuadros de Coello, frescos de Ricci , estátuas de Pereyra : y en data y en local se le aproxima la de las *Maravillas* , cuya imagen venerada allí desde 1646 ha dado nombre al adjunto convento de carmelitas y á aquel desierto barrio septentrional. Acia la misma estremidad erigió sobre una altura el so-

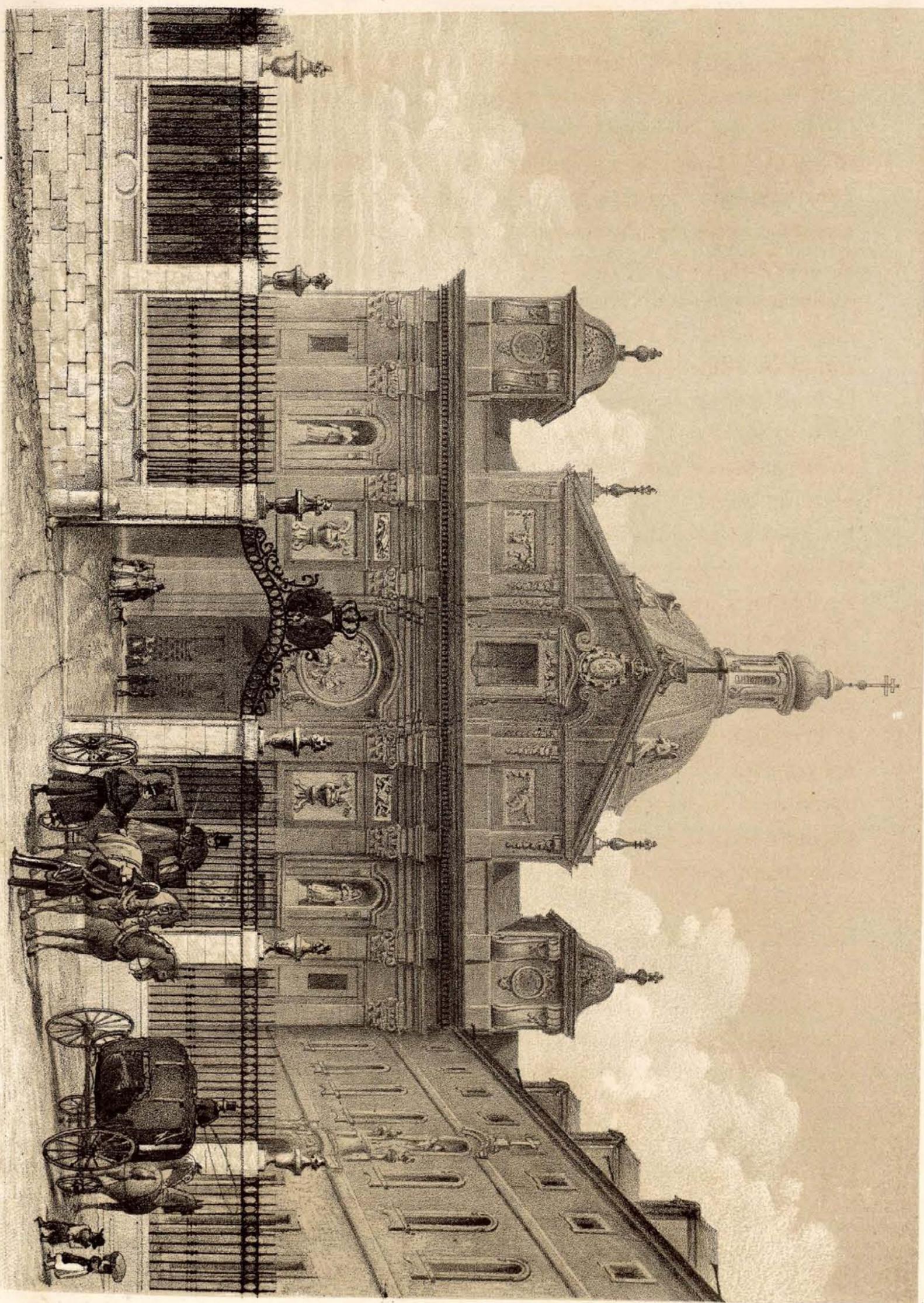
(1) Refiérese que una virtuosa doncella de quien se hallaba el rey perdidamente enamorado , no hallándose segura dentro del mismo claustro de sus osadas importunaciones , apeló al recurso de tenderse en el ferétro como difunta para extinguir aquella criminal pasion. Lloró el rey por verdadera su fingida muerte , y en memoria de ella , añaden , quiso que la campana del reloj que hizo construir para las monjas de S. Plácido imitase el toque funeral al dar las horas , recordando así perrennemente el acerbo fin de la malograda religiosa.

berano en 1650 el suntuoso edificio de las Comendadoras de Santiago y su espaciosa iglesia, cuya planta de cruz griega rematada en semicírculo es mejor que los adornos sobrepuestos. Ya las religiosas de la orden de Calatrava, dejando en 1623 á Almonacid de Zurita, habian construido en lo mas alto de la calle de *Alcalá* la casa y templo que con su esbelta cúpula constituye todavía el ornato principal de aquel sitio privilegiado; y en la misma calle al opuesto lado alzaron ácia 1650 la suya, que ya no existe, las carmelitas de *la Baronesa*, llamadas así por su fundadora D.<sup>a</sup> Beatriz de Silveira. En el distrito del *Barquillo* subsisten otros tres conventos de insignificante arquitectura fundados en la mitad última de aquel siglo, el de mercenarias de *Góngora* (1) en 1662, el de mercenarias de S. Fernando en 1676 por la marquesa de Avila-Fuente, y el de Sta. Teresa en 1684 por el principe de Astillano. En el Prado de Recoletos yacen los vestigios del de franciscas descalzas de S. Pascual, cuya fábrica empezada en 1683 habia enriquecido con esquisitas y numerosas pinturas su fundador D. Gaspar Enriquez de Cabrera almirante de Castilla.

No lejos de allí en el fondo de estraviadas calles levántase y estiéndese á sus anchuras el gran monumento religioso del siglo XVIII, el magnífico recuerdo que legaron á su corte Fernando VI y su esposa erigiendo un convento que les sirviera de mausoléo. En 1749 se echaron los cimientos de las Salesas bajo los planes de Carlier y la direccion de Moradillo; en 25 de setiembre de 1757 pudo ya ser consagrado el templo, y dos años despues yacian en él ambos esposos: la duracion de la fábrica se midió casi por la del reinado. A su grandiosa capacidad reúne el edificio la regularidad de sus prolongadas alas y la estension de sus amenas vistas, distinguiéndose sobre todas la fachada del jardin, cuyas estancias se reservó la reina María Bárbara para habitar entre las hijas de S. Francisco de Sales y sus nobles educandas. Con el convento forma ángulo la iglesia, cerrando los otros dos lados del atrio unos pilares y verjas de hierro: ocho pilastras de orden compuesto, tres puertas, un ático rematado en triángulo y flanqueado por dos torres no muy gallardas, y varias esculturas de Oli-

(1) Tomó el convento el nombre de D. Juan Jimenez de Góngora consejero de Castilla, que de orden de Felipe IV dirigió su traslacion desde la calle de S. Oropio, donde en 1626 habia sido principiado por D.<sup>a</sup> María de Mendoza. Las monjas de S. Fernando tuvieron su primer convento frente de la Merced.

CASTILLA LA NUEVA.



Diseño del autor, y litó por E. J. Parcerisa.

SALESAS REALES.  
(Madrid.)

Lit. de J. Donora.





vieri, entre las cuales se nota un gran relieve de la Visitacion como titular de la orden, componen la fachada que puede considerarse como de transicion desde el caprichoso barroquismo á la clásica severidad. Su interior es adornado y deslumbrador; mármol de colores enlaza el pavimento, pilastras corintias aguantan la bóveda y columnas del mismo orden la espaciosa cúpula, pintadas una y otra al fresco por los hermanos Velazquez; seis grandiosas columnas de mármol verde de Granada con capitel de bronce dorado constituyen el altar mayor, cuya decoracion reproducen en pequeño las demas capillas, realzando los bellos cuadros y esculturas que contienen. En el fondo del brazo derecho del crucero ábrese un nicho revestido de mármoles, dentro del cual campea el magnífico sepulcro levantado al buen Fernando VI por su hermano y sucesor. La Justicia y la Abundancia, con alegoría veraz y no lisonjera, estan de pié sobre el primer zócalo apoyadas en el pedestal; la real proteccion á las bellas artes figura en el frente de la urna sostenida por dos leones y cubierta en parte con un paño funeral, cuya punta levanta un niño lloroso, mientras el otro empuña una espada; y allá en el fondo sobre una pirámide el Tiempo encadenado enseña una medalla con el retrato del bondadoso monarca. A la espalda yace dentro del coró su consorte amada María Bárbara de Portugal, que le arrastró consigo al sepulcro robándole á sus vasallos (1).

Pasariamos en silencio las capillas y oratorios que aun despues de diezmados salpican la capital, si el que se presenta en el fondo de la plazuela de *la Cebada* con el título de Nuestra Señora de Gracia no recordara el antiguo *humilladero* de este nombre, y si no reclamase una mirada para su linda estructura el del Caballero de Gracia reconstruido por el insigne Villanueva. Una columnata de orden corintio sostiene la cornisa en que estriba su artesonada bóveda y los arcos torales de su cimborio; y el ornato corresponde enteramente á la sencillez elegante

(1) En el pedestal del sepulcro del rey se lee con letras de bronce dorado: «Hic jacet hujus cœnobii conditor Ferdinandus VI Hispaniarum Rex, optimus princeps, qui sine liberis at numerosa virtutum sobole, patriæ obiit IV id. Aug. An. MDCCLIX. Carolus III fratri dilectissimo, cujus vitam regno præoptasset, hoc mœoris et pietatis monumentum.» En el de la reina: «Maria Barbara Portugalliæ Ferdinandi VI Hispaniarum Regis uxor, post conditum D. C. M. templum, sacris virginibus, cœnobium, optato fruitur sepulchro, et votis propior et aris. Obiit annos nata XLVII, VI kal. Sept. MDCCLVIII.» Ambas inscripciones son de D. Juan Iriarte, la arquitectura del sepulcro invencion de Sabatini y la escultura de D. Francisco Gutierrez. Segun una nota del testamento de la reina ascendió el coste de la fábrica de las Salesas á 83 millones de reales.

de la traza. La caridad y la beneficencia, al abrir un asilo para toda clase de gentes y de necesidades, multiplicó á su vez los santuarios; cada hospital tuvo su oratorio, y de estos hospitales algunos remontan su fecha al siglo XV. Frente al alcázar, en el sitio que ocupa la Armería, existió el del *Campo del Rey*, donde Juan II y su esposa instituyeron en 1421 la hermandad de Nuestra Señora de la Caridad establecida luego en la parroquia de Sta. Cruz y consagrada siempre á consolar las agonías del suplicio; Pedro Fernandez de Lorca secretario de Enrique IV hizo en 1467 para doce pobres ancianos la casa de Sta. Catalina *de los Donados*; y Carlos V en 1529 engrandeció y mejoró (1) para su milicia y servidumbre el hospital de la Corte ó del Buen Suceso, que ocupa con su modesta fábrica el puesto preferente de la capital. En 1552 el venerable Anton Martin discípulo de S. Juan de Dios (2) con auxilio de hombres poderosos y en especial de los opulentos Fúcares, erigió el edificio donde continúan sus heroicos desvelos los religiosos de aquella orden, si bien la iglesia en 1798 fué acertadamente renovada. Diez y siete hospitales existían en Madrid, cuando en 1587 fué instituido el general, y confiado á la solicitud del virtuoso Bernardino de Obregon que profesó con sus compañeros la tercera regla de S. Francisco. Pero cada nacion, de las que entonces frecuentaban la corte preponderante de la Europa, quiso tener aparte su hospital y su templo; y en 1598 levantaron el suyo los italianos en la *Carrera de S. Gerónimo*; en 1606 construyeron el de S. Andrés los flamencos, y los portugueses el de S. Antonio cuya rotonda cubren de arriba abajo apreciables frescos de Ricci y de Jordan; los ingleses católicos fundaron en 1611 para asilo de sus perseguidas creencias el colegio de S. Jorge (3) sostenido contra las reclamaciones intolerantes de Jacobo I; los franceses en 1615 establecieron su modesto hospital de S. Luis, y al año siguiente los naturales de la corona de Aragon erigieron el de Monserrat con capaz y adornada iglesia. Tuvieron tambien los colegios de enseñanza, distinguiéndose

(1) Fijan unos la fundación primera del Buen Suceso en 1484, y otros en 1438 con motivo de la peste que en el año anterior affligió á Madrid.

(2) Ganólo el santo en Granada haciéndole perdonar al homicida de su hermano: murió en 1563 con grande opinion de santidad, y hasta 1596 estuvo su cuerpo depositado en S. Francisco. Ofreció una heredad para edificar la iglesia y el hospital Hernando de Somontes contador de Felipe II.

(3) Estaba dicho colegio en la que es ahora iglesia de S. Ignacio en la calle del *Principe*, y lo compró en 1773 la congregacion de naturales de Vizcaya.

todavía los de Loreto y de Leganés, fundados para huérfanas entrambos, este en 1605, aquel por Felipe II en 1584.

Mas para agrupar pintorescamente á los ojos del lector los puntos culminantes de esta serie de fábricas que por orden de fechas ha recorrido, y para lanzar á la corte española la ojeada de despedida, situémonos en la preeminente torre de Sta. Cruz á cuyo pié se despliega Madrid en dilatado panorama. A la variedad que ofrece por sus cuatro lados añaden las horas en su diario curso la mudanza de aspecto y colorido de que revisten los objetos; y cada hora tiene su encanto, cada cuartel presenta su carácter. Así al tiempo de despertar, cuando la voz de las campanas en variados tonos y distancias alterna con la desacorde gritería de vendedores fijos y ambulantes, cuando las rápidas diligencias que remueven la poblacion tropiezan á la salida con los pacíficos convóyes que la proveen, desde allí place ver al sol asomar por cima de las áridas cuevas que dominan la frondosidad amena del Retiro, y reflejar su luz primera en el lindo templete del Observatorio, y estender sus rosadas tintas desde Atocha hasta el arco soberbio de *Alcalá*, é iluminar gradualmente la mole del Hospital, la cúpula de Sta. Isabel y el grupo de veletas que marca la direccion de la calle de *Atocha*, hasta parar en la rojiza torre y cercana cúpula de la Trinidad.

Los rumores crecen y se confunden dominados por el continuo rodar de carruages y por un prolongado zumbido de voces y pisadas, fermenta el bullicio y la animacion, el sol toca á su cenit, y sus rayos deslumbradores hieren de lleno las cúpulas y techos de pizarra. En primer término aparecen como inflamados los de la Cárcel de Corte, y el cimborio de Sto. Tomás con su crucero, nave y fachada; allá abajo la octógona cúpula de S. Isidro entre sus dos incompletas torres, y mas lejos descuella la de S. Cayetano en medio de los plebeyos barrios meridionales. Su apiñado caserío campea sobre vasto paisaje que el declive de la poblacion hace parecer mas cercano, y al cual dan su principal realce tendidos en un recuesto los dos Caravancheles, donde van á buscar los madrileños una parodia de las delicias campestres.

Y luego, mientras la gente afluye al extremo oriental á gozar en el Prado el dulce ambiente de la tarde, ó á espiar los últimos resplandores del sol desde el Retiro, vuélvese instintivamente la vista al rojo ocase dorado por una luz naranjada, que mezclándose con los vapores del rio tiende una gasa encantadora sobre las márgenes y alamedas y

frondosos valles formados al pié de ondulosa cordillera. Errante y distraida sigue los moribundos rayos resbalándose de techo en techo hasta despedirse del real Palacio, que aparece aislado y risueño con sus chimeneas blancas, como si posara en su techo un enjambre de palomas; y á poco rato se oscurece ya el teatro y la grandiosa plaza de *Oriente*, y se confunde entre la arboleda el rojizo y octógono cimborio de la Encarnacion. Ya la cúpula y torre de la decana de las parroquias, y el blanco y humilde campanario de S. Nicolás, y los chapiteles de la casa de la Villa, y la iglesia del Sacramento, y las pardas y barrocas torrecillas de S. Justo, y la oscura de S. Pedro que brota de una hondonada como monumento de otra edad, y la elegante cúpula de S. Andrés y la anchurosa de S. Francisco *el Grande* allá en el confin izquierdo, van perdiendo su matiz y su contorno; ya solo se divisan en primer término dos lienzos y gran porcion del área de la plaza *Mayor*; y entonces al pálido vislumbre del crepúsculo es cuando Madrid evoca ante la fantasia las tradiciones de su infancia y las glorias de su juventud.

Pero si las sombras no arrancan aun al observador de su atalayá, si le place recoger los agonizantes murmullos de la noche y los fantásticos reflejos de la luz artificial y de las estrellas, velando sobre la capital dormida, contemple ácia el norte su porcion mas vasta; y tal vez con el auxilio de la luna la amarilla torre del telégrafo de Correos le indicará la *Puerta del Sol* no desierta todavía, y la alta cúpula de las Calatravas y las dos pintadas torres de S. Luis le señalarán las calles de *Alcalá* y de *la Montera* por donde aun circula un resto de movimiento. Tal vez enfrente y en lo bajo distinguirá el Carmen como sombría masa de ladrillo, y verá descollar por cima la esbelta cúpula de los Basílios y mas allá la de S. Ildefonso entre dos cuadradas torrecillas. Inmediata á su izquierda dominará la torre de S. Ginés, y mas arriba el oscuro flanco de la nave de las Descalzas, y allá en lo mas alto y remoto el aislado cuartel de Guardias de Corps y la airosa cúpula y las dos torres de las Comendadoras de Santiago, á las cuales sirve como de colateral á la derecha la regia mole de las Salesas. En medio de aquel silencio interrumpido solo por el periódico canto de los serenos ó por el rechinar de rezagado carruage, si antes contempló la actualidad y se remontó á lo pasado, lánzase al porvenir su agorera mente, é interroga los destinos particulares de Madrid y los generales de la nacion que

rige. ¡Vanos esfuerzos! los oráculos no responden, las tinieblas no se disipan, y ¿quién sabe lo que resta de la noche y qué escena ha de alumbrar el nuevo día?

RECTIFICACION. En la pág. 62 de este capítulo incurrimos en una equivocacion, al asegurar que en el altar mayor de la Capilla Real «un cuadro de la Anunciacion ha reemplazado al de S. Miguel.» Habiendo descuidado en nuestros apuntes un accesorio tan leve, nos atuvimos á las noticias del acreditado *Manual de Madrid* edicion de 1844. Semejantes inexactitudes, que en nada afectan el arte ni la historia, merecen disculpa en quien escribe lejos de los sitios que describe.

## Capítulo segundo.

### *El Pardo. S. Lorenzo del Escorial.*

Al noroeste y á siete leguas de la capital de la monarquía, y perceptible en días serenos en el fondo de sus montañas, se eleva el rey de los monumentos españoles erigido en el mas augusto de los reinos. El que se fabricó una corte á flor de tierra como residencia transitoria é interina, sin cuidarse de deslumbrar con su brillo á las naciones tributarias, reservó para Dios y para el desierto los alardes de su grandeza y poderío: todo en Madrid aparece deleznable, pasajero, sujeto á las vicisitudes de la fortuna y hasta á los caprichos de la moda, todo inmóvil, estable, perpetuo en el Escorial; porque el esplendor de los tronos pasa, y acusan el abatimiento de hoy los testimonios de las glorias de ayer; pero no envejecen ni caducan los monumentos consagrados á aquel que permanece siempre el mismo al través de las edades. Sin embargo, tres siglos no completos han trascurrido sobre la vasta mole de piedra, y se ha trocado toda en mansion de recuerdos y de difuntos, y gracias si la sombra del trono pudo preservarla de violenta ruina: los monarcas ya no fijan en ella su predilecta habitacion, los monges ya no pueblan sus dilatados corredores; y solo interrumpen el silencio las pisadas del artista, las mas veces extranjero, que visita sus inanimadas bellezas, ó las bulliciosas caravanas madrileñas que en la buena estacion se citan para allá como para un sitio de placer.

Si franqueado el arco de la puerta *de Hierro*, nos desviamos un mo-

mento del camino del Escorial para seguir al norte la margen derecha del Manzanares, la densa frondosidad y suave ondulacion del terreno parecen desmentir la proverbial aridez de los contornos de Madrid; y en el seno de poblados bosques que se dilatan en un circuito de quince leguas, al pié de colinas de encinares, yace cercado de un corto pueblo un palacio que largo tiempo ha repartido con otros mas suntuosos el privilegio de servir anualmente de residencia á los soberanos. Fué el Pardo en sus principios un rústico albergue y pabellon de caza, construido en 1405 por Enrique III y frecuentado en demasia por el IV; imprimióle su presente forma Carlos V por medio de su arquitecto Luis de la Vega en 1547, y aunque no le permitió gozarlo su generosa abdicacion, permanece esculpido su nombre sobre el dintel de la puerta. Hizose por entonces cuadrado, de sencilla arquitectura en sus dos pisos inferior y principal, flanqueado por cuatro torres de bajo chapitel; pero Carlos III dobló la estension del edificio continuando á su espalda obras análogas al primer modelo, y las dos torres de la estremidad posterior figuran ahora como un cuerpo resaltado en el centro de las fachadas laterales. Circúyelo un pequeño foso cuyos planteles indican su pacífico uso: el patio principal con las columnas jónicas de su primer cuerpo y con las impostas y friso del segundo recuerda aun los tiempos del Emperador; pero á las antiguas pinturas que en 1604 devoraron las llamas (1) han reemplazado ricas y vistosas tapicerías alegrando los ojos con escenas de caza y de costumbres, bóvedas al fresco, relojes, cristalería y demas curiosidades que forman el ajuar de los modernos palacios. Escasea de jardines este real sitio, tiene capilla, teatro y multitud de edificios accesorios que acompañan su soledad, y á pocos pasos de allá la casita del *Principe* ofrece uno de aquellos lindos y ricos pabellones que á pesar de su repeticion se ven siempre con nuevo encanto.

Pero estas impresiones se borran y desvanecen cuando al estremo de ingratos eriales y á poco de entrar en un risueño bosque, se nos aparece destacando amarillo sobre un fondo de pardas montañas S. Lorenzo del Escorial. Al pronto solamente asoman como entre sí aislados los agudos chapiteles de las torres; poco á poco va surgiendo de

(1) En 13 de marzo de dicho año acaeció un incendio que consumió 50 retratos grandes en la galería *Alta del rey* y 17 cuadros de Flandes en el corredor *del Sol*. El reparo de los daños que causó tasóse en cien mil ducados.

entre el verdor la tendida mole que los une, con sus largas hileras de ventanas; y sus formas se muestran ya distintas á considerable distancia desde la cruz de piedra suspendida sobre un enorme pedrusco, cuyo nombre de *cruz de la Horca* pretenden esplicar vulgares consejas. Quédate á la derecha el primitivo pueblo del Escorial consumido por la insalubridad y el abandono, desde que el vecindario ha ido trasladándose al lado mismo del monasterio en la pendiente del recuesto que al norte lo domina.

Corriendo estas alturas y los pedregosos cerros que le ocultan muy temprano al sol poniente, se presenta casi á los pies la maravillosa fábrica, imitando con la distribucion de sus techos y los claros de sus numerosos patios el instrumento de martirio del santo á quien está consagrada, unas parrillas colosales vueltas ácia arriba. De los cuatro ángulos de su planta cuadrilonga se elevan otras tantas torres cuadradas y anchurosas rematando en aguja con globo y veleta; en medio sobresale la grandiosa cúpula, mas adelante las dos torres que flanquean la fachada del templo, y otras dos inferiores que arrancan del centro de los cuarteles delanteros. Estas nueve eminencias combinándose y agrupándose variadamente á cada paso, semejan atalayas repartidas dentro del recinto de una ciudad ó gloriosos pendones que tremolan por cima de apiñada falange (1); y cuando denso matorral ó copuda arboleda ocultan en parte la base del edificio y entrecortan su monótona regularidad, creemos ver cimbrarse entre las hojas los torreones de un castillo ó los ligeros botareles de un monasterio feudal. La pizarra y el plomo revisten los techos puestos todos á un nivel y distribuidos en simétricas comparticiones, embelleciéndolos vistosamente, ora se armonicen con las tintas grises de las montañas ó con el azul de los cielos, ora los inflame el sol con un reflejo plateado y deslumbrador que se confunde con el de la nieve, formando un fuerte claro oscuro en su declive las bohardillas de que estan sembrados.

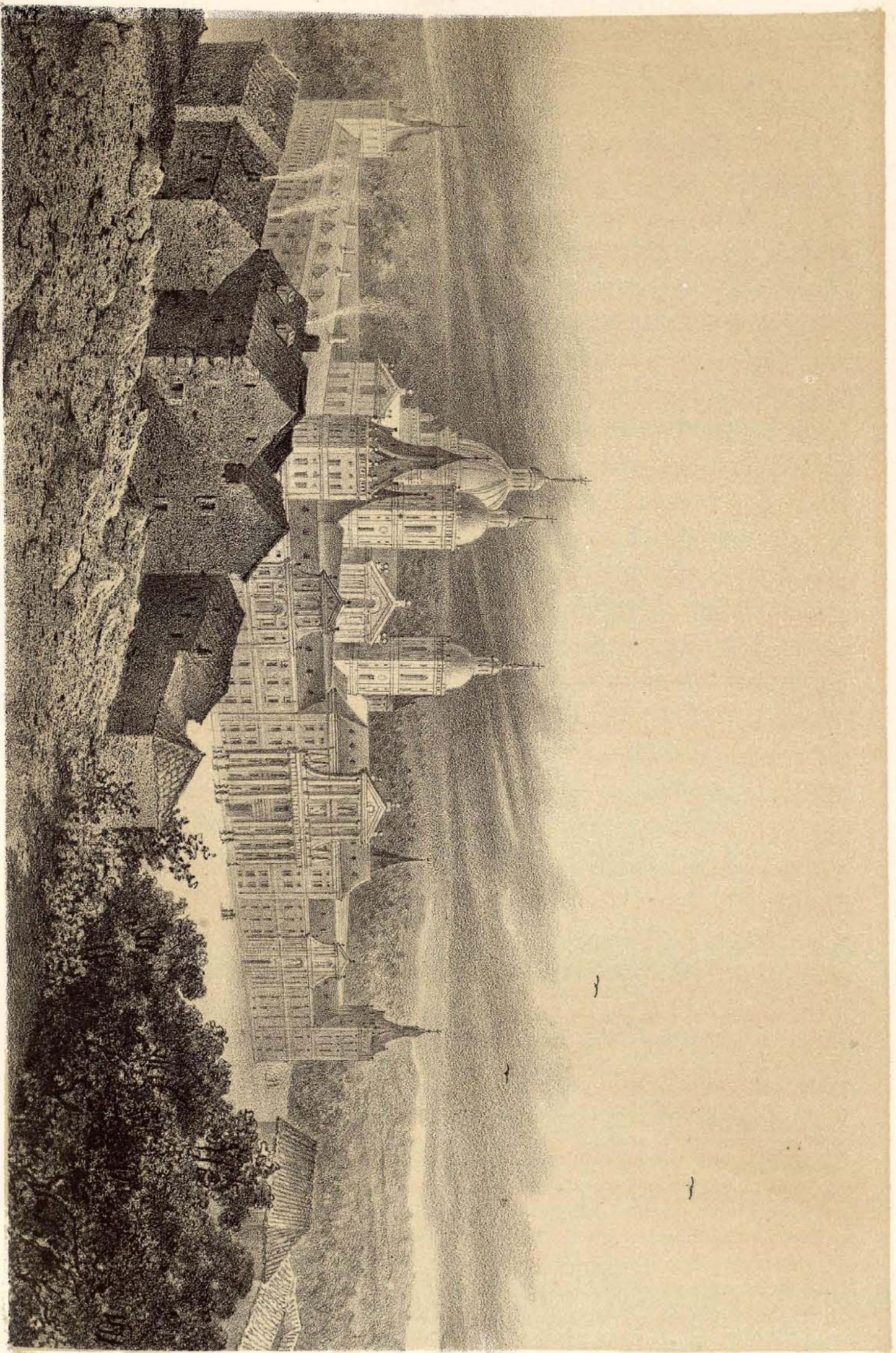
Todo allí se presenta nacido de una idea esclusiva pero inmensa como el catolicismo; todo ordenado en su abrumador conjunto y en los mas leves pormenores, como en la vasta y metódica mente del rey fundador los cuidados de la monarquía; todo uno en la multiplicidad como era su accion, todo magestuoso en la sencillez como su carác-

(1) Véase la lámina del exterior del Escorial.

ter. Templo, monasterio, palacio, estan encerrados en el gran cuadrilongo, formando partes de un mismo todo, independientes aunque estrechamente hermanadas, en su exterior uniformes, si bien en su puesto cada cual y apropiadas á su destino. Precedida de un estenso patio prolóngase en el centro la magnífica iglesia de poniente á oriente, partiendo en dos mitades el edificio; la del mediodía fué dada para habitacion á los monges, la del norte destinada á mansion real y repartida aun con el colegio y seminario. Los cuatro lienzos apenas se distinguen entre sí en formas ni en ornato; en todos la misma sencillez y prolongacion de líneas, en todos los mismos cinco órdenes de ventanas, todos defendidos en ambas estremidades por las erguidas torres que con su cubierta y chapitel se elevan á triple altura sobre la cornisa del remate (1). Elegantes jardines tiéndense á sus plantas por el lado de oriente y mediodía y se le someten verdes llanuras y pintorescas colinas; á su norte y poniente corre una ancha y espaciosa lonja encerrada por las capaces y uniformes casas de *Oficios*, *Ministerios* é *Infantes* que imitan la sencillez robusta aunque no la elegancia del monasterio, y por cima de cuyas pizarras asoman las inminentes laderas.

Sin embargo, tres grandiosas portadas dan á la fachada de poniente los honores de principal; las dos laterales, sin otro adorno que algunas fajas y las ventanas distribuidas en sus intermedios y la de medio punto abierta sobre su entrada, sobresalen del lienzo con su frontispicio triangular; pero á mayor altura y en mayores dimensiones se levanta la del centro, bella y magestuosa si destacara mejor del muro, y si avanzando ácia fuera á manera de pórtico, cortara la monótona alineacion de la fachada. Ocho columnas dóricas empotradas, con nichos y ventanas en los intercolumnios, sostienen el ancho cornisamento, sobre el cual, á mas de cuatro agujas coronadas de bolas, cargan las cuatro columnas jónicas del segundo cuerpo que reciben el frontispicio: en medio de estas ocupa su nicho la colosal estátua de S. Lorenzo, de quince pies de alto, que labró en piedra berroqueña Juan Bautista Monegro, formando de blanco mármol su cabeza y estremidades; al pié figuran las armas reales humildemente, y debajo corresponde

(1) La planta del edificio tiene de ancho 744 pies de norte á mediodía, y 580 de fondo de poniente á oriente. La altura de sus torres es de 200 pies, la de sus lienzos hasta la cornisa de 72, y entre los cuatro hay repartidos 1110 ventanas.



Diseño del autor y lit.º por F. J. Parcerisa.

MONASTERIO DEL ESCORIAL.





la cuadrada puerta que, aunque alta de 24 pies y ancha de 12, todavía parece estrecha y ahogada en el centro de aquella mole.

Pero antes de atravesar el dintel, busquemos en la historia la esplicacion de tanta grandeza, el objeto de tan magnánimo esfuerzo, el espíritu de monumento tan sublime; evoquemos la memoria del gran fundador y del artífice no menos grande, para que nos expliquen su obra, y la obra nos revelará en cambio todo el poder de su diestra, toda la osadía de su genio. No de interesado voto ni de espíatoria reparacion de un sacrilegio surgió en aquellos páramos *la octava maravilla*; una gratitud espontánea, una piedad ardiente y profundísima, la natural tendencia de todo lo grande, ilustre y fuerte á manifestarse y eternizarse en gigantescos caracteres, inspiraron á Felipe II su inmensa concepcion (1). Su invicto padre reclamaba un sepulcro, un trofeo los laureles de S. Quintin, y sus graves y melancólicos pensamientos un lugar de oracion y de retiro donde se le anticipara la paz de la tumba y se preparara á un feliz descanso: no vaciló ni en la índole del monumento que no podia ser sino un monasterio, ni en los monjes que habian de ser gerónimos como los que acompañaron en Yuste la soledad devota del emperador, ni en la advocacion del templo recordando aquel glorioso 10 de agosto de 1557 que tan belicosamente inauguró su pacífica carrera, y agradeciendo su ventura al mártir español cuya festividad se celebraba el mismo dia. Solo en el sitio vaciló

(1) Ni de este voto que algunos suponen hecho antes de la batalla en caso de salir victorioso, lo que se aviene mal con la ausencia del rey que no llegó sino cuatro dias despues al campo de San Quintin, ni del monasterio que se dice destruido por sus tropas en aquella jornada como indica el cronista Herrera, hace mencion la *Carta de dotacion* del Escorial que trae el diligente Cabrera, quien rechaza por fabulosas ambas especies. «Reconociendo, dice la Carta, los muchos y grandes beneficios que de Dios nuestro Señor avemos recebido y cada día recibimos, y quanto él ha sido servido de encaminar y guiar nuestros hechos y negocios á su santo servicio y de sostener y mantener estos reinos en su santa fé y religion, y en paz y justicia;... teniendo asimismo fin e consideracion á que el emperador y rey mi señor y padre... en el codicilo que últimamente hizo nos cometiò y remitiò lo que tocava á su sepultura y al lugar y parte donde su cuerpo y el de la emperatriz y reina mi señora y madre avian de ser puestos y colocados, siendo cosa justa y decente que sus cuerpos sean muy honorablemente sepultados y por sus ánimas se hagan e digan continuas oraciones, sacrificios, conmemoraciones e memorias; e porque otrosí nos avemos determinado cuando Dios nuestro Señor fuere servido de nos llevar para sí, que nuestro cuerpo sea sepultado en la misma parte y lugar... Por las quales consideraciones fundamos y edificamos el monasterio de S. Lorenzo el real, cerca de la villa del Escorial en la diócesi y arzobispado de Toledo; el cual fundamos á dedicacion y en nombre del bienaventurado S. Lorenzo, por la particular devocion que como he dicho devemos á este glorioso santo, y en memoria de la merced y victorias que en el dia de su festividad de Dios comenzamos á recibir. E otrosí le fundamos de la orden de S. Gerónimo por la particular afeccion y devocion que á esta orden tenemos, y le tuvo el emperador y rey mi señor.»

por dos años, hasta que se lo ofrecieron apartado y pintoresco las pendientes de Guadarrama; mas no contento con su eleccion quiso que lo reconociera la orden que habia de poblarlo (1). Habia en la corte un sabio arquitecto nacido en ella, pero amamantado en Roma en la escuela de los mas célebres artistas y con el estudio de sus grandiosas fábricas; recién llamado de Nápoles donde dejó sellado su nombre en mas de un edificio, Juan Bautista de Toledo tuvo el cargo de transformar en idea el sublime deseo de Felipe II; y presentada en el papel su traza y despues en madera, llenó cumplidamente la grandeza del desig- nio. Despues de varias conferencias tenidas sobre el mismo sitio y en que no se desdeñaba de intervenir el soberano (2), hecho acopio para la obra de materiales y gentes, acometióla en 25 de abril de 1563 su inmortal trazador, asentando su primera piedra en el lienzo de medio- dia; y en 20 de agosto inmediato colocó el rey la primera del templo bendecida por su confesor fray Bernardo de Fresneda obispo de Cuenca.

Empezó á hervir la vida y el movimiento en aquel suelo que antes no ofrecia «sino un sitio inculto y majadas de pastores entre jarales y maleza.» Ofrecian hermosa piedra los vecinos cerros; y unos la pulian en las canteras mismas, otros la acarreaban, otros la colocaban y en- gastaban con maravilloso artificio; nivelábase á gran costa el área: era aquello una inmensa colmena, y no faltaba un rey que la presidiera y estimulara sus trabajos. Contemplaba Felipe II el crecimiento de su fábrica, y allí templaba sus pesares y aliviaba sus cuidados: como dis- parada flecha volaba desde su palacio de Madrid al pobre albergue pro- visional que repartia con los monges (3), y cada vez admiraba nuevos

(1) En el capítulo general de gerónimos de 1561 tenido en Lupiana hizo proponer el rey su re- solución de fabricar el nuevo monasterio, y pasando á inspeccionar el sitio una comision de religio- sos, quedaron de él muy complacidos.

(2) En su clásica *Historia de la orden de S. Gerónimo*, dice á este propósito el P. Sigüenza: «Mandó el rey que se juntasen en la villa de Guadarrama su secretario Pedro de Hoyo y Juan Bau- tista de Toledo escelente maestro de arquitectura, con fray Juan de Huete y fray Juan de Colme- nar... en el dia de S. Andrés de 1561.» Y mas abajo: «Habiendo ido el rey á Guisando á tener allí la semana santa con el duque de Alba... llevó consigo á Juan Bautista de Toledo arquitecto mayor que ya á este tiempo iba haciendo la idea y el diseño; hombre de muchas partes, escultor y que entendia bien el dibujo, sabia la lengua latina y griega, tenia mucha noticia de filosofia y mate- máticas.» En la piedra angular que puso Toledo habia la siguiente inscripcion: «*Deus O. M. ope- ri aspiciat. Philippus II Hispaniarum Rex á fundamentis erexit MDLXIII Joan. Baptista architectus IX. Kal. Maji.*»

(3) Bello sobre todo encarecimiento es el pasaje en que describe el P. Sigüenza aquel humilde primitivo asilo: «Era, dice, la casilla en que los religiosos vivian harto pobre, y en ella hicieron unas estrechas celdas y escogieron un aposentillo para capilla; el retablo era un crucifijo de carbon pintado

adelantos, cada vez una bóveda, una torre, un claustro, un lienzo le sonreían como desgajándose de las nieblas y saludando á su fundador. Aquí los grandes y cortesanos, allá los religiosos, mas lejos los oficiales y jornaleros, todas las clases, todas las ocupaciones allí confundidas entre el polvo y el ruido, la desnudez presente contrastando con la opulencia y magestad futura, formaban un cuadro animado y bello cual nunca se presentara: y Felipe II así despachaba con los unos, como contemplaba y rezaba con los otros; así cernía sus miradas sobre la Europa, como atendía á sus peones estableciendo para ellos un hospital, disfrazando con lo crecido del jornal la generosa limosna, y *proveyéndolos de socorro y abrigo antes que á sí mismo de aposento.*

A mediados de 1567 murió Toledo, pero la obra lejos de llorar su horfandad, halló en el asturiano Juan de Herrera discípulo del primero tal continuador, que por las felices innovaciones hechas en los planes y por la habilidad y constancia desplegadas en la ejecucion, le reconoce vulgarmente por padre (1). Entre las obras reales confiadas á su direccion, cifró Herrera en el Escorial su gloria y sus desvelos, y tantas y tales eran sus atenciones que el monarca de ambos mundos despachaba con él como con su ministro dos veces por semana: en pós de Herrera figuraba un humilde lego de la orden fray Antonio de Villacas-

en la misma pared de mano de un fraile que sabia poco de aquello; tenia por cielo, porque no se pareciesen las estrellas por entre las tejas, una mantilla blanca de nuestras camas; la casulla y el frontal era de una cotonía vieja, y aquí celebraban sus oficios los religiosos. Y con poco mejor estado estaba el palacio del rey... aposentábase en casa del cura, y sentábase en una banquetta de tres pies, hecha naturalmente de un tocon de un árbol que la vi yo muchas veces, y porque estuviese con alguna decencia rodeaban la silla con un pañuelo francés que era de Almaguer el contador, que de puro viejo y deshilado daba harto lugar para que le viesen por sus ahujeros. Desde allí oía misa, y podía bien, porque estaba todo tan estrecho que fray Antonio de Villacastin que servia de acólito hincado de rodillas llegaba con sus pies á los del rey. Jurábame llorando este siervo de Dios, que muchas veces alzando los ojos á hurtadillas, vió por los del rey correr las lágrimas, tanta era su devocion y ternura mezclada con alegría, viéndose en aquella pobreza, y considerando tras esto aquella idea tan alta que tenia en su mente de la grandeza en que iba á levantar aquella pequeñez del culto divino.»

(1) Apenas mencionar merece cuanto menos refutarse la pretension sostenida por algunos de que la España debe á artifices estrangeros la grandiosa obra del Escorial. El presidente de Thou copiado ligeramente por Voltaire nombra arquitecto del célebre monasterio y autor del acueducto de Toledo á un tal Luis de Fox; era este un simple criado del famoso Juanelo, y tan solo entre los albañiles del Escorial figura un maese Luis francés. Atribuir á Bramante ó á otros artistas italianos los planes de la fábrica, no tiene mas fundamento que la semejanza de ella con el templo del Vaticano y otras construcciones romanas que daban la ley al siglo y que Toledo y Herrera habian estudiado. Negar á estos sin embargo la gloria de la invencion es destruir el hecho mejor sentado en la historia de las artes, desmintiendo inscripciones, medallas, tradicion, libros contemporáneos y documentos.

tin diligente obrero, hábil instrumento de las benéficas y grandiosas miras de Felipe. Segun adelantaba la construccion, estatuarios, pintores, artistas en todos ramos acudian á ornamentarla; mármoles, bronce, frescos, dorados vestian la ruda piedra; y cuando en 15 de setiembre de 1584 se dió la fábrica por concluida, apareció ataviada ya con el decoro que convenia. A los veinte y un año de empezada se gozaron en verla completa las miradas del fundador; y la que pareciera bastante á agotar sus tesoros solo costó sesenta y seis millones de reales, hábilmente enlazada la economía con la magnificencia. Cuadros, volúmenes, alhajas, reliquias, todo pais presentaba allí sus ofrendas, todo artista sus trabajos, y para que nada faltara á su realce un sabio monge trascribia en interesantes páginas aquel asombroso y palpitante movimiento (1). Así de los lauros de las victorias fecundados por la piedad brotaron los opimos frutos de las artes, único rastro que ha dejado en nuestro suelo la hazaña de S. Quintin, sobreviviendo á la política pujanza creada por el genio de Felipe II.

Con dificultad se habrá marcado mas hondamente en otro edificio el sello de la época y del hombre. La religion es quien anima sus macizas formas, pero no ya la religion lanzándose á las alturas de ojiva en ojiva y de botarel en botarel como una tierna y sublime aspiracion, no ya risueña y adornada de bellas tradiciones cual de místicas esculturas y aéreos calados, no ya desprendiéndose del suelo como sostenida maravillosamente por la fé y atenta solo á sus eternos destinos; sino asentada anchamente sobre la tierra, robusta y profundamente cimentada como preparándose á deshechas tempestades, identificada con el trono y amparada con toda la fuerza del poder humano, rígida en sus ornatos, austera en su pompa, desplegando ostensiblemente su unidad y gerarquía. Es el Escorial á las basílicas de la edad media lo que una historia es á una crónica, lo que un magnífico discurso es á un sublime poema, lo que fué la grandeza de Felipe II á la de Fernando el Santo y á la de Jaime el Conquistador. ¿Por qué Toledo y Herrera rompieron

(1) Este fué fray José de Sigüenza, cuya *Historia de la Orden de S. Gerónimo* tanto se recomienda por su elegante y castiza frase, por la animada descripcion y curiosos detalles que suministra acerca de la construccion del Escorial, y por los conocimientos artísticos que despliega en toda ella. Permaneció en el Escorial desde 1590 hasta su muerte en 1606, muy querido de sus hermanos y del monarca; y de él solia decir Felipe II: «los que vienen á ver esta maravilla del mundo no ven lo principal que hay en ella si no ven á fray José de Sigüenza; segun lo que merece, durará su fama mas que el mismo edificio.»

las tradiciones del arte gótico? ¿por qué no adelgazaron y calaron aquellas moles, y las vistieron de rica y menuda filigrana? preguntad á la Providencia por qué no los hizo nacer con uno ó dos siglos de anticipacion. A mediados del XVI el renacimiento empezaba ya á sacudir los encajes platerescos que le sirvieron como de pañales; el arte antiguo desenterrado de entre las ruinas del Capitolio se reproducia en soberbias construcciones, y se vengaba de su pasado olvido proscribiendo como bárbaro todo lo hecho sin su sancion durante el larguísimo interregno. Nuestros arquitectos tambien le rindieron culto (1), pero no tan ciego y absoluto que sus fábricas disten menos de los templos y anfiteatros del gentilismo que de las catedrales y monasterios de la ruda edad pasada; Vitruvio fué vestido á la española; y el estilo grecoromano supieron trocarlo en idea original apropiada al culto, á las costumbres, á los sentimientos y necesidades del pueblo para quien edificaban. Dése enhorabuena al gótico la palma; pero negar al Escorial la admiracion y el respeto, desdeñarle por ageno de la gótica arquitectura, sería cuando menos imitar el estrecho exclusivismo de los que cifrando en la obra de Herrera toda belleza y acierto, mutilaron y restauraron por una misma pauta los monumentos de los siglos anteriores, y cubrieron la península de mezquinas parodias de la *octava maravilla*.

Por una feliz gradacion va creciendo el asombro, cuando franqueada la puerta principal se desemboca por tres arcos en el cuadrilongo vastísimo patio (2) en cuyo fondo levanta el templo su fachada. Siete gradas tendidas por toda su anchura sirven al pórtico como de base; seis columnas dóricas, pareadas en los extremos, sustentan la cornisa con su correspondiente ornato de triglifos; cinco arcos, abiertos en los intercolumnios y dominados por cuadradas ventanas, forman el vestibulo sagrado que abre paso á igual número de puertas. Sobre

(1) De las siguientes palabras del P. Sigüenza dedúcese que Herrera esclusivo admirador de griegos y romanos desdeñaba las construcciones de la edad media: «Juan de Herrera decia que los romanos y mas atrás los griegos habian hecho sus fábricas tan famosas y grandes de esta suerte (labrando las piedras en las canteras), y que la *grosería* y *poco primor* de España lo habia olvidado ó no lo habia aprobado jamás.»

(2) Tiene este patio 230 pies de largo y 130 de ancho, y dan á él mas de 240 ventanas. Enfrente de la fachada del templo corresponde otra muy semejante y que forma como el reverso de la exterior. La altura de las dos torres de la iglesia desde el suelo es de 260 pies; en una estan las campanas y el reloj, en la otra un reloj de 31 campanas que remitió á Carlos II el gobernador de Flandes.

la cornisa y el vivo de las columnas seis colosales estatuas de reyes que dan nombre al patio, con espresivas actitudes y bien escogidos emblemas y concisas inscripciones en sus pedestales (1), reasumen la historia del templo de Jerusalem, á cuya semejanza quiso Felipe erigir á Dios un tabernáculo emulando el celo de los piadosos monarcas de Judá. Entre las estatuas ábrense al nivel de la cornisa las tres ventanas del segundo cuerpo, y á su espalda se elevan seis pilastras á sostener el frontispicio triangular cortado en su cornisa horizontal por una grandiosa ventana en arco. Acompañan á la fachada, protegiéndola con su gigantesca sombra, dos hermosas y gallardas torres, adornadas con pilastras y ventanas en sus cuerpos superiores y con balaustres y globos en su plataforma, de la cual arranca la cúpula con linterna, aguja y cruz que les da lindo remate. Realzárse su bizarría si ensanchado á uno y otro lado el patio dejara ver el arranque de ellas desde el mismo suelo, en vez de asomar en los ángulos á considerable altura por cima del empizarrado.

Cuando el viajero, despues de leer sobre las dos puertas laterales del templo la época de su fundacion y consagracion (2), se lanza á su interior impaciente de contemplarlo, tropieza con un bajo recinto que llaman anteiglesia ó sotacoro, de bóveda asombrosamente llana, y que reproduciendo en sus arcos y pilares la forma de la gran basilica, le prepara á visitarla con mayor reverencia. Aparece esta por fin al través de las elegantes rejas de los tres arcos que le dan entrada; y sua-

(1) Tienen estas seis estatuas 17 pies: sus cabezas, manos y pies son de mármol blanco; lo restante junto con el S. Lorenzo de la fachada fué sacado por el célebre escultor Monegro de una enorme piedra berroqueña en la cual diz que está escrito: *seis reyes y un santo salieron de este canto, y quedó para otro tanto*. Las inscripciones de los pedestales son: DAVID. *Operis exemplar à Domino recepit.* — SALOMON. *Templum Domino ædificatum dedicavit.* — EZEQUÍAS. *Mundata domo Phase celebravit.* — JOSÍAS. *Volumen legis Domini invenit.* — JOSAPHAT. *Lucis ablatis legem propagavit.* — MANASÉS. *Contritus altare Domino instauravit.* David se distingue por el arpa y el alfange, Salomon por un libro, Ezequías por una naveta de incienso y un macho cabrío, Josías por el volúmen que encontró, Josaphat por la segur con que taló los bosques gentílicos, Manasés por un compás y escuadra y por los grillos del cautiverio que sufrió. Estas insignias lo mismo que las coronas son de bronce dorado y de tamaño enorme para corresponder al de las figuras.

(2) Dicen estas inscripciones repetidas tambien en el interior del templo. A la izquierda: *D. Laurent. Mart. — Philipp. omn. Hisp. regn. utriusque Sicil. Hieru. &c. Rex, hujus templi primum dedicavit lapidem D. Bernardi sacro die, anno MDLXIII. Res divina fieri in eo capta pridie festum D. Laurentii, anno MDLXXXVI.* A la derecha: *Philipp. II omnium Hisp. regnor. utriusque Sicil. Hier. &c. Rex Camilli Cajet. Alexandr. Patriarchæ Nuntii Apost. ministerio hanc basilicam sacro chrismate consecrandam pie ac devote curavit die XXX August. anno MDXCV.*

ve calma y religiosa meditacion derrámase en el espíritu mientras embarga el cuerpo una deliciosa frescura. Los primeros pensamientos no son ni para las piedras ni para el arte que tan magníficamente las combinó; los sentidos perciben su elevacion y grandeza, pero el alma escitada por las impresiones exteriores sin encadenarse á ellas se remonta y ensancha por otra esfera menos sensible y limitada. Los ojos mismos incapaces de sosiego tan pronto se fijan en los pardos muros y machones que segun su uniformidad y trabazon parecen escavados en una misma peña y contruidos de un solo golpe, como en las anchas bóvedas cubiertas de brillantes frescos; ora pasean por el espaciosísimo crucero que corta por medio la iglesia, ora sondean los sombríos ángulos por bajo de los arcos de comunicacion, ora siguiendo la grandiosa curva de los torales revolotean por la inmensa cúpula como buscando salida para el firmamento. Solo despues de largo asombro logra el espectador darse cuenta del objeto que lo escita y analizar sus formas tan sencillas cuanto colosales.

Quitado el sotacoro y el presbiterio, figura el templo una cruz griega formada por la interseccion de dos anchurosas naves (1), resultando en los ángulos de la cuadrada planta cuatro bóvedas mas bajas á manera de naves laterales interrumpidas por el crucero, cuya luz y desahogo realzan con su misteriosa oscuridad. Los pilares robustísimos, mas semejantes á cuerpos que á estribos de la fábrica, estan revestidos en sus caras exteriores de grandes pilastras dóricas istriadas distribuidas de dos en dos, que se elevan hasta el cornisamento, y entre las cuales se abren los arcos que comunican con las naves laterales, trazando en los ángulos como cuatro pabellones. Sobre el ancho cornisamento arrancan los arcos torales, tambien dobles como las pilastras, dando asiento á la prodigiosa cúpula, dividida en ocho comparticiones por pilastras dóricas pareadas y alumbrada por rasgadas ventanas de medio punto; su media naranja ceñida con radios de resalte no se cierra sin abrir paso en su centro á la linterna cuyas dimensiones se pierden allá en la altura (2). La grandeza del Escorial

(1) La longitud de la iglesia desde uno á otro muro es de 364 pies y su anchura de 230; escludo el sotacoro y presbiterio tiene en cuadro 180. Las naves del crucero tienen de ancho 53 pies y 140 de altura, las menores 30 de anchura sobre 60 de alto. Los pilares del centro tienen de grueso 29 pies en cuadro.

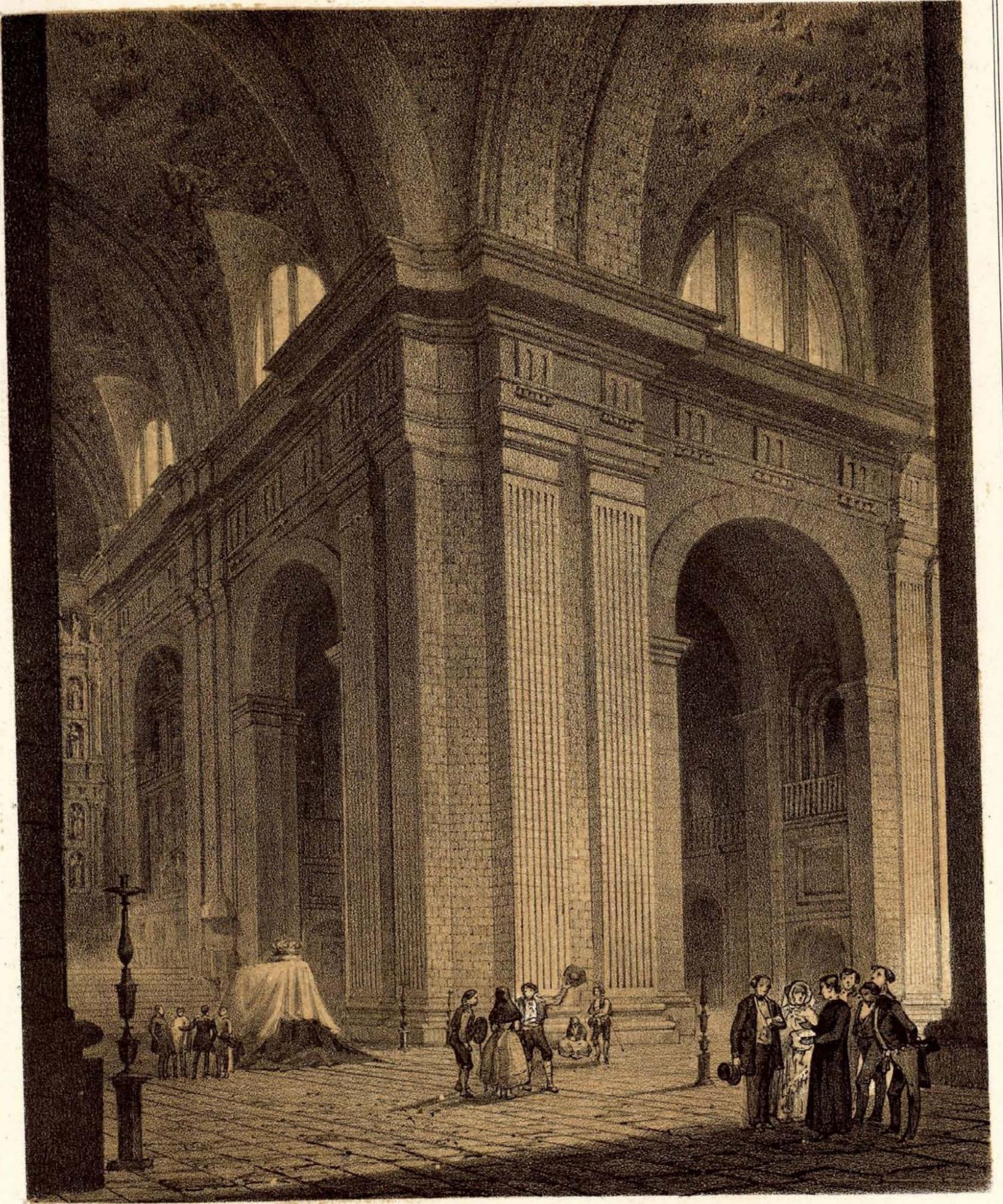
(2) Tiene la cúpula en su arranque 62 pies de diámetro y 207 de circunferencia, y su altura desde el pavimento de la iglesia hasta el remate de la cruz exterior es de 330 pies. Herrera proyec-

está toda en sus proporciones, no en acumulados órdenes de arquitectura, ni en multiplicadas bóvedas, ni en columnas y arcadas una á otra sobrepuestas: apenas se compone de otras partes que las de un simple oratorio, y sin dificultad pudiera reducirse á un tamaño de miniatura. Y si esta unidad y sencillez agrada presentándose distinta y fácilmente á la primera impresion, agota por otro lado el número y variedad de las sucesivas, y perjudica á la idea de su propia magnitud: falta allí de objetos pequeños de comparacion, y como si hasta su estatura se hubiera engrandecido, no comprende el espectador lo colosal de cuanto le rodea, si no viene en auxilio de los ojos la fria relacion de las medidas; porque así como las distancias desaparecen en la llanura, así las dimensiones absorvidas por la desnudez ó sobrada regularidad del edificio. Su mole le impide abarcarlo pintorescamente de una ojeada, y donde quiera se sitúe tropieza con cuerpos macizos que se interponen ante los segundos términos y no permiten trasmitir al papel su conjunto sorprendente (1).

En el fondo de los brazos del crucero ábrense tres arcos descollando en altura el central, cerrados todos con doradas verjas y formando capillas, que si bien adornadas con ricas pinturas, obtuvieron escasa importancia en el plan arquitectónico. Por cima corre una tribuna baja con aberturas cuadrilongas de harto mal efecto: lo demas del testero lo ocupan dos magníficos órganos dorados con seis columnas corintias y frontispicio triangular. Desde la cornisa hasta la bóveda se estiende una gran lumbrera en semicírculo partida en tres segmentos, que derrama en el crucero copiosa luz. No así las navadas de los ángulos que no la reciben sino reflejada; á sus dos arcos de comunicacion con el crucero corresponden otros dos en los opuestos muros que dan á un corredor espacioso con antepecho, formado sobre las capillas, por cuyas sombrías bóvedas dilátase la vista con misterioso placer. En las caras interiores de los machones, así de los arrimados al muro como de los que aguantan en el centro la cúpula, hay escavados dos grandes nichos uno sobre otro, vacío y con antepecho el superior y destinado á capilla el de abajo; de esta suerte el templo desembarazado á primera vista de objetos accesorios no abarca menos de cuarenta ca-

taba darle un pedestal de 11 pies de alto que le hubiera añadido gentileza sin dañar á su solidez como se temió.

(1) Véase la lámina del interior de la iglesia del Escorial.



Dib.º del real. y lit.º por F. J. Parcerisa.

L.ª de J. Norton Madrid.

IGLESIA DEL ESCORIAL.





pillas. Las dos situadas al oriente á cada lado del presbiterio sirven de insignes relicarios á los venerados despojos de un sinnúmero de mártires, vírgenes y confesores; y al abrirse las puertas que forman el retablo, á vista de aquel cúmulo de brazos, cabezas, templetes, pirámides y urnas relumbrantes de oro y pedrería, dóblase la frente y bendícese la piedad regia que agregó tal tesoro, diezmado en su riqueza material por la rapacidad sacrílega de las huestes de Napoleon, pero intacto casi en lo que tiene de mas precioso é inestimable (1).

Las grandiosas bóvedas no fueron pintadas al fresco sino un siglo despues en el reinado de Carlos II por el facil y atrevido pincel de Lucas Jordan, ofreciendo ancho campo á su valiente destreza y copiosa fantasía. En las dos del crucero trazó el paso del mar Rojo por el pueblo de Dios y su victoria contra los Amalecitas poniendo dignamente en accion á los personajes de la época; en la del centro inmediata á la capilla mayor representó la apacible muerte de María sobre un lecho de flores y su vacío sepulcro y los apóstoles siguiendo atónitos el luminoso rastro de su asuncion; en la que sigue al coro pintó la resurreccion de los muertos, el mundo envuelto en cárdenas sombras, la gloria del supremo Juez y su cruz suspendida en los aires, y el castigo y la recompensa eterna. Los bóvedas inferiores de los ángulos figuran en varios grupos la anunciacion de María junto con el nacimiento del Salvador, el triunfo de la Iglesia militante sembrado de oportunas alegorías, el de la purísima Virgen escoltada de infinitas vírgenes, y la vision del tremendo juicio mostrada á S. Gerónimo. En vida del fundador trazó ya Lucas Caugiaso, pintor menos aventajado que Jordan, la coronacion de la Virgen en la bóveda de la capilla mayor, y en la anchísima del coro desplegó en quince meses con asombrosa pero reprehensible rapidez todos los órdenes y gerarquías de la corte celestial dispuestas segun teológica ordenanza por hileras en vez de grupos, produciendo una *gloria* bella á veces en los detalles aunque inanimada y monotoná en su totalidad.

(1) De estos relicarios dice el P. Sigüenza: «En abriéndose las puertas y corridos los velos de seda que tienen delante, se descubre el cielo. Véñse por sus hileras y gradas, unos mas adentro, otros mas afuera, vasos muy hermosos de artificio y precio, parte de oro, otros de plata, piedras singulares, cristales, vidrios cristalinos y otros metales dorados, que todo junto reverbera y deslumbra los ojos, enardece el alma y pone en ella juntamente temor y reverencia, que hace luego como naturalmente ó sobrenatural, que es lo mas cierto, inclinar la rodilla y derribar el cuerpo hasta la tierra.»